LA CUESTION DEL SUJETO: DOS VERSIONES DE SARMIENTO *

POR

MARIA GABRIELA NOUZEILLES

Universidad de Buenos Aires

Leer la lectura es leer, por lo menos, dos veces. Leemos una lectura y, a la vez, suponemos el objeto leído, un objeto difuso, transformado. Una nueva dificultad nos conmueve: todo lector, al ejercer su práctica, se instala en un campo de batalla, en un campo ocupado en el que conviven, se enfrentan o pactan otros lectores. Nuestro lector se ve obligado a tomar decisiones, su objeto le es disputado y, paradójicamente, no puede verlo más que a través de miradas ajenas.

Si bien la reflexión anterior puede ser tomada como válida mientras nos preguntemos por la circulación y recepción de discursos y saberes, es especialmente cierta cuando pensamos en la historia posible de las lecturas de Sarmiento. «Sarmiento» es aquí el nombre propio y el límite de un *corpus*, pero también se refiere a la reconstrucción de un sujeto histórico que no sólo es pensado a partir de su escritura. Sarmiento escritor, Sarmiento militar, Sarmiento político: un sujeto heterogéneo para una producción heterogénea.

La heterogeneidad provoca un efecto multiplicador de lecturas. Sarmiento y su textualidad se plantean como problemas de la historia política la historia de las ideas, la historia y la crítica literarias, el enfoque y la evaluación sociológica. Sarmiento, protagonista indiscutible en el espacio de los conflictos civiles y la organización nacional, apostó a un proyecto de país cuyos aciertos y errores aún hoy padecemos. En este marco, dirimir un sentido implica «tomar partido». Incluso en la esfera de la especificidad literaria, enfoque que el objeto denuncia insuficiente,

* Noël Salomon, *Realidad, ideología y literatura en el «Facundo» de D. F. Sarmiento* (Amsterdam: Rodopi, 1984); William H. K特拉, *Domingo F. Sarmiento: Public Writer (Between 1839 and 1852)* (Tempe: Arizona State University, Center for Latin American Studies, 1985).

la discusión tradicional acerca de los géneros se vuelve una cuestión de Estado; de ahí el riesgo y el compromiso que, dentro de esta tradición exegética, supone una interpretación.

Realidad, ideología y literatura en el «Facundo» de D. F. Sarmiento es una recopilación de ocho estudios, cuatro de ellos anteriores inéditos, que configuran el extenso recorrido de un lector obsesionado. Si bien gran parte del material inédito se reduce a notas o apuntes en los que se arriesgan hipótesis no retomadas luego o, por su generalidad, lindantes con la simplificación (ensayos interpretativos que fueron quizá la antesala de una lectura definitiva), encontramos dos preocupaciones fundamentales: en primer lugar, la articulación ideológica del *Facundo*, sus filiaciones con las corrientes decimonónicas de interpretación de la sociedad y la historia y con el legado de la Ilustración; en segundo lugar, las elecciones formales discernibles en el texto, elecciones que respondieron, en una coyuntura política concreta, a las exigencias del mensaje planfletario, pero, simultáneamente, dieron al *Facundo* un resto de potencialidad estético-literaria que lo convertiría en una de las «obras maestras» de la literatura hispanoamericana.

Comprobado el origen heterogéneo de las concepciones históricas y sociales, e incluso de los modelos económicos que confluyen en el *Facundo*, Salomon se pregunta por el criterio de selección que sostiene ese eclecticismo voraz. La respuesta a dicho interrogante radica en las hipótesis fuertes del análisis ideológico, por las que se define a Sarmiento como un *narrador de clase*; el punto de articulación de la multiplicidad conceptual que atraviesa el *Facundo* sería la relación del escritor con la burguesía naciente de las ciudades del interior y su visión del mundo contemporáneo. (La lectura de Jitrik en *Muerte y resurrección del Facundo* es la aliada fundamental de esta perspectiva, aunque la alianza se basa sobre una traducción que precisa el sentido; si para Jitrik, en el alegato anti-rosista hay una «imagen del interior» que se contrapone a la «imagen de Buenos Aires», para Salomon esa oposición no expresa sino el antagonismo entre una «preburguesía» productora de bienes, agrícola e industrial, y una burguesía principalmente mercantil. En el mismo pacto de lectura se inscribe la necesidad de distinguir dos definiciones de «ciudad» y dos definiciones de «campo», apuesta a una semántica refinada en que la sinonimia ya no es el modo apropiado de leer.)

El análisis sociológico e ideológico, entonces, es para Salomon el principio de un análisis estético: las elecciones formales y su resolución en la escritura, las relaciones del *Facundo* con los géneros literarios hegemónicos o marginales del siglo XIX, aun cuando no sean consecuencia directa de la posición de clase del autor y del contexto sociopolítico, sólo encuen-

tran allí los fundamentos de su significación. No obstante, Salomon se queda en esta petición de principios, sin encontrar el modo específico en que se combinan ideología política e ideología estética.

Oponiéndose a una lectura «realista» que, sobre la base de un criterio cerrado de verdad y una concepción parcial de la historia, señale, con gesto inquisidor, los «errores» y «aciertos» del *Facundo*, la propuesta del crítico es poner el acento en su condición de artificio: lo real no aparece más que mediado por las técnicas narrativas y los modos de representación elegidos. La descripción del espacio, la construcción del «héroe» o la sintaxis del relato biográfico responden más a los presupuestos de la estética romántica que a las particularidades «reales» del objeto dado a la representación.

La relación con una práctica que podría encuadrarse dentro de los difusos límites del así llamado «costumbrismo» constituye la otra cara del análisis estético de Salomon, que encuentra en la estructura polémica global del texto y en las técnicas de representación y argumentación de la primera parte las huellas inconfundibles de Larra y sus seguidores. Según el crítico, Larra provee a Sarmiento no sólo de los recursos polémicos necesarios para la lucha política (en la que incluso la dicotomía Civilización/Barbarie, como estrategia discursiva, se convierte en una eficaz arma de guerra), sino también los medios necesarios para enfrentar el riesgo de la escritura periódica. La superposición de lo visible y lo enunciable, la eliminación de la distancia retórica entre objeto y lenguaje, la supuesta neutralidad del observador y la construcción del «tipo» en tanto «retrato orgánico», son algunos de los rasgos que ubican a *Facundo* en el seno de una modernidad deudora de Larra. Por su parte, el organicismo y la frenología, ligados con nuevos «géneros», como las fisiologías del siglo XIX, completan el contexto heterogéneo desde el cual puede ser leída la lógica del sistema asociativo que sostiene el costumbrismo de Sarmiento.

Pero una vez establecido el circuito de las correspondencias, es necesario probar cómo Sarmiento trasciende los límites de su modelo. La violación del género se produciría mediante la sustitución del narrador impersonal por la primera persona, un «yo» que introduce la ficción y el tiempo del relato; no se trata ya de la escritura de la denominación, sino de un estilo que, por vía de retórica, da entrada a la mitología personal del escritor.

Obvia es la dificultad de dar cuenta de la lectura de Salomon en una exposición tan breve. El desplazamiento de una a otra zona textual, la construcción alternativa de contextos diferentes, las tres nociones de sujeto (ideológico, biográfico y estético, cada uno con su propia legalidad),

son parte de la complejidad de un análisis fragmentario dirigido a establecer el vínculo realidad-ideología-literatura. A pesar de los esquemas tradicionales que el crítico utiliza, y que a veces le impiden alcanzar su cometido, es interesante destacar cómo continuamente pervierte, buscando salidas más plausibles, los conceptos de su enfoque teórico; aunque «fuentes» y «originalidad» sean sus presupuestos básicos, las fuentes pronto dejan de ser la causa inmediata del texto en cuestión y la originalidad deja de ser «original». En el riesgo de este movimiento pendular se impone una mediación necesaria: el sujeto. Este sujeto posee una biblioteca heterogénea, desigual, donde conviven dos siglos y en la que hay libros preferidos¹; para Salomón, es ella el origen del eclecticismo atribuible a Sarmiento y discernible en su producción escrita. Pero ¿cuál es la marca «individual» de esa pluralidad que siempre remite a un otro externo? Salomón destaca los espacios en que la diferencia se hace patente y cómo otorga ésta, al mismo tiempo, su especificidad al *Facundo*. Sin embargo, la insistencia interpretativa no logra descifrar el criterio que guía las preferencias literarias de Sarmiento ni puede superar el divorcio entre análisis estético y análisis ideológico.

Hallar una solución a estos problemas es una de las preocupaciones fundamentales de William H. Kattrak en *Domingo F. Sarmiento: Public Writer (Between 1839 and 1852)*. Aquí el título apunta a los supuestos primordiales de la lectura, ya que las fechas circunscriben el lapso que separa dos umbrales en la multifacética biografía de Sarmiento: si 1839 es el comienzo de un itinerario signado por la práctica periodística (que permea la totalidad de su producción), 1852 no sólo es el pasaje a la esfera de la acción política, sino también una clausura, la formación definitiva del escritor público. Ambos mojones señalan, asimismo, las dimensiones del *corpus* textual sobre el que Kattrak opera. Habiendo descartado (por unilateral) el análisis inmanente, el crítico se propone como objeto los vínculos múltiples entre texto y contexto y, en especial, la dimensión subjetiva de esta espinosa relación; nuevamente, la pregunta por el sujeto constituye la clave de la labor interpretativa.

¹ La reconstrucción de una biblioteca es también el objetivo del voluminoso e indispensable estudio de Natalio R. Botana (*La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* [Buenos Aires: Sudamericana, 1984]). Con los defectos y aciertos de una *historia de las ideas*, enfoque hoy cuestionado tanto en su objeto como en su metodología, Botana dibuja el «horizonte de ideas» de la tradición republicana: las concepciones políticas y sociales dominantes durante los siglos XVIII y XIX en Francia y Norteamérica, concepciones que configuraron el trasfondo del diálogo entre dos sujetos (Sarmiento y Alberdi) obsesionados por la necesidad de fundar una tradición política.

Para una primera caracterización del sujeto, Katra necesita describir los rasgos del escritor público y cómo éstos se proyectan en la escritura. Revisando la concepción ambigua que Sarmiento tiene del periodismo, concepción que hace hincapié en los efectos de lectura y, fundamentalmente, en el valor instrumental de los recursos técnicos, descubre el crítico la matriz performativa del discurso sarmientino, donde lo que importa es el objetivo pragmático de los textos y no un principio de coherencia semántica. Sarmiento escritor público sería, en términos de Lévi-Strauss, un *bricoleur*. Lo que sugiere esta comparación con lo que el antropólogo francés descubre en el pensamiento primitivo es la carencia de un sistema unificado de pensamiento (o, alternativamente, la ecléctica metodología empleada por el autor de *Facundo*). Pero Katra corrige el alcance del concepto de Lévi-Strauss, ya que lo considera atribuible a cualquier sujeto cuya existencia material esté signada por la ideología, a individuos cuyo pensamiento tiende hacia la norma utilitaria en oposición a los que intentan ordenar su mundo consciente bajo la guía de la ciencia empírica o la lógica filosófica. Ahora bien: si la apelación a Lévi-Strauss era poco útil (por extrapolar un concepto formulado para el «pensamiento salvaje»), la excesiva generalidad de la redefinición de Katra es sospechosa de ser simplemente una metáfora. Por otro lado, son conocidas las revisiones de la oposición althusseriana (de innegable influjo en esta fase del análisis), entre conocimiento verdadero y conocimiento falso, puesto que la separación entre lo ideológico y lo no ideológico se vuelve especialmente problemática en el espacio de la reflexión cultural.

En todo caso, Sarmiento *bricoleur* antepondría la acción no sólo al pensamiento, sino también a la ética, porque somete, según las reglas de la conveniencia política, todo su programa a una revisión continua; el aspecto adicional de su condición de *bricoleur* residiría en los modos de auto-representación y en cómo la relación con los otros funda los criterios de autoridad que sostienen su producción discursiva².

Para poner en evidencia el punto de vista pragmático que Sarmiento adopta, tanto en lo que concierne a la escritura ficcional y poética como a los modelos historiográficos de su época, Katra propone como objeto material a la que cree la obra clave del *corpus*: el *Facundo*. Si bien reconoce que el texto fue producido bajo la presión de la escritura periódica y sacrificando «toda pretensión literaria», no puede minimizar el hecho de que generaciones de lectores lo han juzgado uno de los monumentos

² Por lo que hace a las características de la auto-representación biográfica y su criterio de autoridad, véase el excelente artículo de Sylvia Molloy «Inscripción del yo en *Recuerdos de provincia*», en *Sur*, 350-351 (enero-diciembre 1982).

de la literatura hispanoamericana. «There was a certain magic (sic) about that work which elevated it above the human realm and bestowed upon it an autonomy of its own» (p. 71). El intento de explicar este fenómeno de autonomización literaria del *Facundo* lleva a Katra a disolver el (¿aparente?) conflicto entre política y estética que otros críticos (como Ana M. Barrenechea o el mismo Salomon) detectaron. Contra los errores paralelos de postular que las ideas estéticas son sólo una máscara de los intereses políticos, o que estos últimos se subordinan a aquéllos, se mantendrá que hay una influencia mutua, e inclusive, que la relación estético-política no es homogénea en las distintas partes del *Facundo*. Así, el que Sarmiento haya elegido al romanticismo como modelo formal, aunque al mismo tiempo lo rechazaba por considerar que no estaba a la altura de los tiempos modernos, se justifica por su deseo de utilizar el *efecto* de la forma romántica. Con distintos ejemplos, el crítico busca probar cómo la mirada «literaria» es siempre corregida por la distancia racional y cómo Sarmiento quiere que el lector, una vez conmovido por el placer estético del reconocimiento burgués, fortalezca la razón en desmedro de la emoción romántica.

La combinación de los modelos ideológicos que intervienen en la explicación histórica de *Facundo* es lo que hace de este texto «un ejercicio de historiografía *bricoleur*»; Sarmiento encuentra en una triple fuente metodológica los recursos necesarios para operar sobre lo real: la Ilustración, el historicismo prepositivista y el romanticismo. Por eso, «The task at hand is to hypothesize a 'grammar' for his historical writing, that is, to suggest a set of underlying rules which govern the organization of these apparently contradictory ideas» (p. 144). La oposición Civilización/Barbarie, según Katra, no sólo divide a los agentes sociales de la Argentina del siglo XIX, sino que se constituye en verdadera metodología histórica, puesto que mientras las masas rurales tienen su comportamiento previsto por un enfoque materialista, la *élite* letrada, representante de la civilización, escapa a las leyes inexorables de la historia y, dueña de las ideas, es capaz de promover el cambio social. En esta metodología estarían inscriptos los mecanismos de sujeción por los cuales una «historiografía de la periferia» se convirtió en una «historiografía dependiente», pasaje previsible por las características generales del proyecto liberal de Sarmiento; Katra encuentra, ya en los primeros escritos de éste, las contradicciones entre autoritarismo y liberalismo (o entre autonomía y dependencia), que harán eclosión una vez que Sarmiento ingresa a la escena política nacional, pero pese a la continuidad que nota entre escritura y praxis, no deja de subrayar que 1852 marca una transición de la utopía a la reformulación «realista». Lo que la corrección del proyecto original haría es acre-

centar la orientación «conservadora» de las convicciones políticas de la etapa precedente y sentar las bases del «liberalismo dependiente» argentino. Así, Katra coincide con Martínez Estrada en que la doble ambigüedad autoritarismo-liberalismo/autonomía-dependencia característica de Sarmiento es la misma que atraviesa la totalidad de la realidad argentina hasta nuestros días³. Sin embargo, la faz bifronte del sujeto en cuestión y su producción escrita llevan a Katra al deseo de promover una lectura «democrática» que evite tanto la condena como el juicio excesivamente laudatorio. Dicha suspensión del juicio ideológico, verdadera pacificación del sentido, sería la única manera de adquirir un saber «más verdadero»..., pero el problema es que las conclusiones del propio Katra tornan difícil la realización de este pluralismo semántico más allá del marco de la investigación académica. Para dar su versión de las relaciones posibles entre estética, política e ideología, el crítico define a un sujeto pragmático y, mediante esta definición, busca disolver o justificar las contradicciones que atraviesan el discurso sarmientino: la lucha por el poder regiría el criterio de selección estético e historiográfico, así como subordinaría la ética a las reglas de la conveniencia coyuntural.

Las lecturas de Katra y Salomon que fueron objeto de esta nota comparten, aun en sus diferencias, la problemática respecto de la cual ha necesitado pronunciarse toda interpretación de Sarmiento. Pero aquí nos resta una última comprobación. Aunque en ambos casos el *corpus* es segmentado y los textos reagrupados de acuerdo a objetivos e hipótesis disímiles, persiste lo ineludible: el *Facundo*. Se trata de la constitución de un clásico, eje a partir del cual se descifra no ya la lógica de los escritos de Sarmiento, sino la lógica de la literatura y el pensamiento político argentinos.

El texto clásico es invocado ininterrumpidamente; durante más de un

³ La continuidad del proyecto sarmientino es el presupuesto de un trabajo monográfico de Celina Lacay: *Sarmiento y la formación de la ideología de la clase dominante* (Buenos Aires: Contrapunto, 1986). Negándose a una lectura «concesiva», Lacay define al *Facundo* (pero también a *Aldao* y al *Chacho*) como una «imagen legitimada» del caudillismo y las masas rurales, uno de los primeros núcleos de la ideología «que comenzó a conformarse en la medida en que se dirimían otros aspectos de la realidad, esto es, cómo se constituía la clase dominante, el Estado y la organización nacional» (p. 148). Una vez establecido el contexto socio-político de Sarmiento y su concepción de la historia (descripción excesivamente fiel a Halperín Donghi), la autora demuestra el carácter ideológico y, por tanto, falso de la citada imagen, apuntando los consabidos «errores» del *Facundo*. Lamentablemente, la continuidad y persistencia de la visión de Sarmiento, resumida en la oposición Civilización/Barbarie, permanece en la categoría de *presupuesto*, cuya verosimilitud, si bien innegable, Lacay no se encarga de analizar.

siglo se le ha pedido a *Facundo* su secreto. Las respuestas contradictorias, el sentido multiplicado, provocan que el objeto sea sometido a una «dissección»: el todo textual estalla; una parte, un detalle quizá posea la solución del enigma. La primera operación analítica consiste, entonces, en recortar una zona a la que se le otorga un límite y una justificación, y la segunda (en un sentido didáctico, ya que el procedimiento es simultáneo) determina la construcción de un contexto. Pero si reconstruir el contexto originario es una tarea casi imposible, también es imposible deshacerse del contexto necesario, aunque no obligatorio, que toda lectura histórica lleva consigo. La reconstrucción del contexto originario es la marca arqueológica que tiene cualquier interpretación, mientras que el segundo contexto es el parámetro que permite medir la vigencia de un clásico y la actualización de su sentido.

La historia posible de las lecturas del *Facundo* sería una historia de resistencias y de lectores entrometidos, y los «errores» del texto, motivo de una polémica frente a la cual todo lector debe pronunciarse. Fiscales y defensores esbozan sus argumentos con estrategias dispares, pero el texto y su dueño esperan todavía el veredicto final.